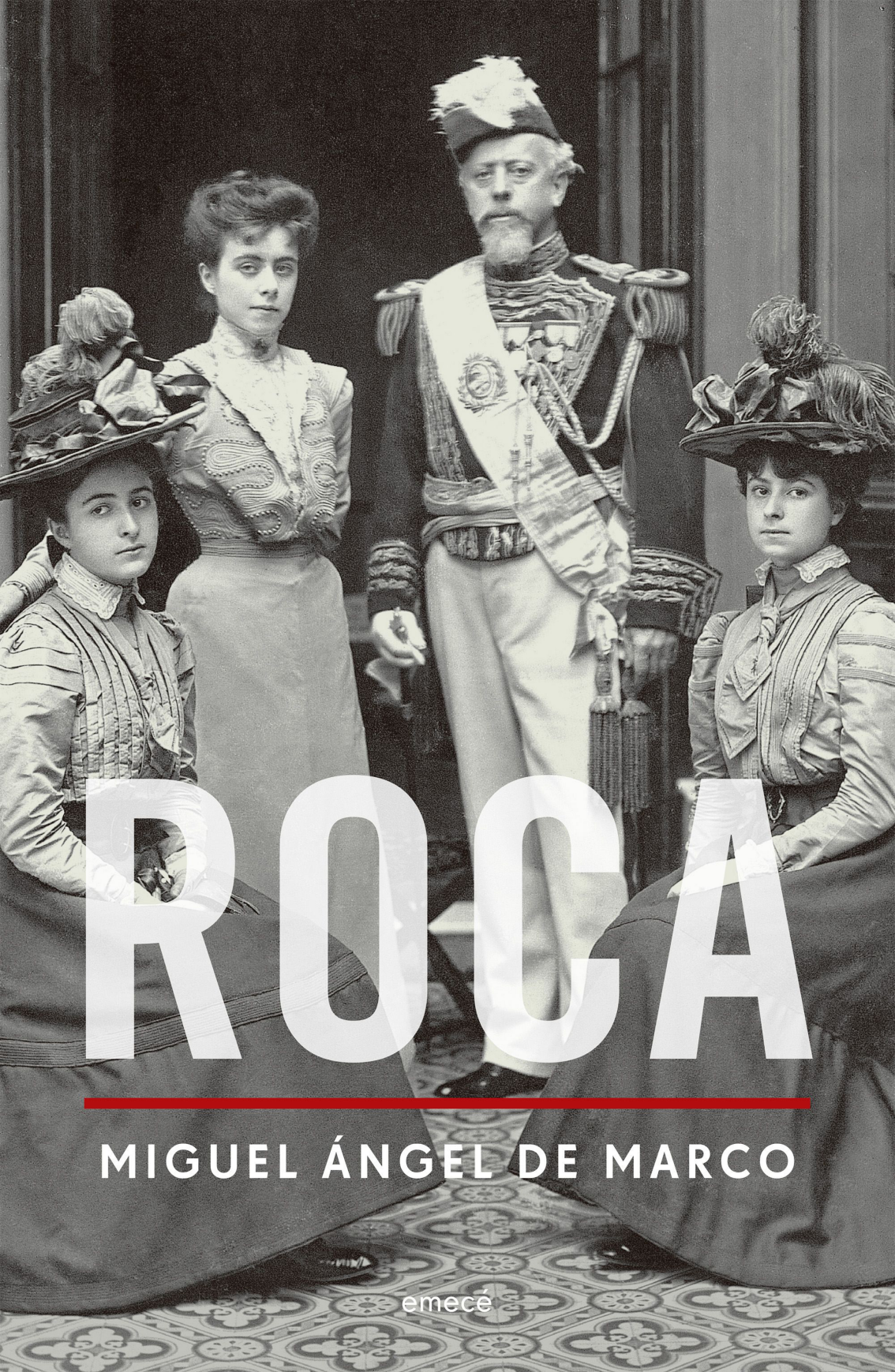




ROCA

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

emecé

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

ROCA



emecé

Prólogo

Hace años que me mueve el propósito de escribir una biografía de Roca accesible para un público cada vez más numeroso que anhela conocer la historia argentina sin golpes de efectos ni recursos oportunistas, es decir narrada con equilibrio y sencillez.

El hecho de haber sido por varias décadas profesor de asignaturas que abordan la etapa en que el presidente tucumano desarrolló su existencia, y la circunstancia de haber escrito varios libros sobre sucesos y personajes del siglo XIX y principios del XX, me hicieron abordar en diferentes ocasiones la trayectoria de quien fue definido con razón por Carlos Ibarguren como “el estadista de cuño alberdiano” que perfiló con rasgos indelebles el Estado moderno en la Argentina.

Su caudaloso aporte a la tierra que lo vio nacer mereció grandes reconocimientos, pero también sufrió un rechazo asociado a la beligerancia con la que ciertos compatriotas, enzarzados en minúsculas cuestiones del presente, se ocupan con virulencia de personajes del pasado.

La convicción de que la verdadera historia dista de ser propaganda, y de que los hechos pretéritos no pueden ser modificados con proclamas, me ha alentado a la hora de abordar el esfuerzo que hoy adquiere la forma de libro, en lo que se ha convertido en una serie de vidas de grandes argentinos, iniciadas por Emecé con mi biografía de Bartolomé Mitre. Para *Roca* he utilizado en algunos casos textos y citas de aquella, como de las de Domingo Faustino Sarmiento, Leandro Alem y Carlos Pellegrini.

Antes de proseguir con estas palabras preliminares, séame permitido agregar que la Argentina no hará camino por la senda que trazaron los fundadores de la patria mientras se siga discutiendo sobre si deben o no ser eliminadas las imágenes de determinados personajes históricos de los billetes de banco o si sus estatuas merecen o no ser demolidas en señal de castigo póstumo hacia los prohombres a quie-

nes representan. Librar absurdos combates al borde de las tumbas contra los que no pueden defenderse, refleja una notoria incapacidad para absorber el pasado tal cual fue y aceptar sin pérdida de tiempo los desafíos que demanda el porvenir.

La figura de Roca descuella entre los personajes más notables de la historia argentina. Alumno del célebre Colegio del Uruguay fundado por Urquiza, no sólo se destacó entre los que seguían en sus aulas la carrera militar, sino que sobresalió por sus innatas condiciones de precoz líder entre sus compañeros de todas las provincias. Su capacidad intelectual le sobraba para estudiar los manuales de táctica y comandar los ejercicios castrenses. De ahí que ampliase el horizonte de sus lecturas hasta donde se lo permitía la nutrida biblioteca del establecimiento. Y de ahí, también, que comenzase a atesorar sus propios libros.

Acostumbrado a mandar, como soldado, como jefe de partido y gobernante, Roca sabía reconocer sus errores y aun disculparse ante sus colaboradores inmediatos cuando algún raro gesto destemplado del Presidente los ponía en el deber moral de renunciar. También sabía escuchar, y como era abierto, curioso y perspicaz, estuvo en condiciones de resolver los variados temas que llenaban sus preocupaciones de estadista. Sin exhibir el vuelo intelectual de Mitre, Sarmiento o Avellaneda, aunque era un hombre de libros y de cultura, cimentó los logros de sus respectivas presidencias rodeado de los mejores políticos de su tiempo a quienes supo amalgamar y conducir.

Fue el primer presidente elegido según la Constitución de 1853 que desempeñó por dos veces la suprema magistratura de la República.

La ocupación de la Patagonia, como resultado de la expedición militar al Río Negro que encabezó en calidad de ministro de Guerra y Marina de Avellaneda, y la posterior campaña de los Andes, cuando ya ejercía el Poder Ejecutivo, afirmaron la bandera argentina hasta el extremo sur, de la misma forma que las realizadas al Chaco durante este último período, integraron vastas regiones casi desconocidas al patrimonio nacional. El reclamo de soberanía sobre las Islas Malvinas obedeció al mismo propósito.

Hoy se multiplican las imputaciones de genocidio, con referencia a las operaciones que permitieron, al decir de Armando Braun Menéndez, la incorporación “al dominio efectivo de la Nación y al trabajo fecundo de sus hijos, un millón de kilómetros cuadrados”. Pero Roca y sus subordinados no vivieron en el siglo XXI, que por otra parte ofrece

formas de violencia tanto o más graves que las de la centuria en que les tocó vivir, sino en una época de constantes ataques a poblaciones indefensas durante los cuales se robaba, secuestraba y mataba impunemente. La sociedad toda reclamaba una paz que le negaban tanto los malones como las luchas fratricidas.

La visión de estrategia y político de Roca le indicaba que, para alcanzar pleno dominio de los espacios australes y consolidar la presencia argentina en el mundo, era necesario asegurar la navegación en aguas oceánicas: “Las naciones no buscan el mar –expresaba– sino cuando han asegurado la dominación del suelo; cuando, zanjadas las dificultades de su organización interna, se sienten estimuladas a ensanchar la esfera de su actividad”.

Poco más de un año después, acallados los fragores del alzamiento militar de la provincia de Buenos Aires, que fue vencido por las fuerzas nacionales en junio de 1880, Roca asumió la presidencia de la República, luego de preparar el terreno para obtener los votos que necesitaba con sagacidad, tiempo y vínculos establecidos en casi todo el país. El lema “Paz y administración”, expresado en su primer discurso ante el Congreso, exteriorizó la voluntad de construir en un clima de orden y concordia.

No faltaron los litigios con las naciones vecinas, aunque su tenacidad le permitió resolverlos. Especial significación tuvo la firma del tratado argentino-chileno de 1881. Y no estuvieron ausentes la violencia política y la injerencia oficial en el momento de elegir a su sucesor, candidato y concuñado Miguel Juárez Celman, quien, sin embargo, obligó a Roca a una especie de ostracismo del que lo sacó el marasmo político y económico que dio origen a la revolución del 26 de julio de 1890, luego de la cual asumió la presidencia el vicepresidente Carlos Pellegrini.

Juntos, a veces muy próximos, otras más o menos distanciados, ambos fueron los árbitros de la política argentina, pues contaron con una extendida red de lealtades políticas que llegaba a los lugares más recónditos del país. Nada pudieron las revoluciones radicales, ni la prédica de la prensa antagónica, ni los acuerdos entre los hombres de la oposición. El Partido Autonomista Nacional estaba en todas partes, y fue esa imbatible estructura, apoyada por los gobiernos provinciales con sus infalibles medios de convicción y coerción, la que lo colocó por segunda vez en el poder en 1898.

El 1º de mayo de 1904, al dejar inauguradas las sesiones del Congreso Nacional, a escasos meses de concluir su mandato, Roca podía formular este breve pero halagüeño balance: “No hay una sola región del país, por apartada que esté, en la cual no se haya inaugurado, o no esté en vías de construcción, una escuela primaria o superior, o de enseñanza agrícola, un ferrocarril, un camino, un puente, un puerto, una línea telegráfica, un hospital, un cuartel. Observaréis que en todas las ciudades importantes hay costosas obras sanitarias; y que hemos balizado y alumbrado nuestras costas marítimas y nuestros grandes ríos, a fin de que se pueda navegar por ellos como se transita por un bulevar iluminado.

“Os daréis cuenta exacta al comunicaros las impresiones respectivas que traeréis de todos los rumbos de la República, de la intensidad de la vida, del activo movimiento y de las nuevas energías altamente satisfactorias que se despiertan por todas partes.”

Sus palabras reflejaban la imagen de un país pujante que, más allá de los conflictos políticos, sociales y aun económicos, abrigaba fundadas esperanzas en un promisorio porvenir.

Roca había cerrado a través de un abrazo con el presidente de Chile, Federico Errázuriz, y mediante una coherente acción diplomática, la posibilidad de una triste guerra entre dos naciones hermanas; había acentuado las buenas relaciones con Perú y Bolivia y resuelto los problemas pendientes con Brasil.

También había enunciado, en la voz de su canciller Luis María Drago, el principio del cobro no compulsivo de la deuda pública, a raíz de la belicosa actitud de tres naciones europeas que se basaban en la demora de Venezuela para pagarla. Por otro lado, el Presidente había abierto, en forma visionaria, las relaciones diplomáticas con la nueva potencia de Oriente, Japón, y velado por la creciente profesionalización del servicio exterior de la República.

En aquella segunda presidencia que concluía, había promovido la explotación de vastas regiones desiertas de los territorios nacionales, impulsado los estudios de tierras y aguas para explotarlas y colonizarlas, la investigación de cultivos adaptables a cada zona, el examen zootécnico de los ganados, la realización de perforaciones en Comodoro Rivadavia, que dieron por resultado el descubrimiento de petróleo; el desarrollo de la industria pesquera mediante la importación de especies de los Estados Unidos; la instalación de observatorios me-

teorológicos, entre ellos el más austral del mundo en las Orcadas del Sur, con lo que se tomó posesión de la Antártida Argentina, etcétera.

Consciente de la necesidad de sentar las bases para un cambio profundo en las prácticas electorales que habían regido hasta entonces la vida cívica, impulsó el proyecto de su ministro Joaquín V. González sobre reforma electoral por circunscripciones, que convertido en ley abrió las puertas del Congreso al primer diputado socialista, Alfredo L. Palacios. Y convencido de que resultaba imperioso conocer y buscar soluciones a la situación de la clase obrera, designó para estudiarlas al eminente abogado, médico e ingeniero español Juan Biale Massé.

Como se ha dicho al comenzar, los seis años que concluyeron con la entrega de la banda y el bastón presidencial a Manuel Quintana signaron, en múltiples aspectos, un sostenido crecimiento que trazó los cimientos de la nación próspera y pujante del Centenario, además de marcar el rumbo del país durante varias décadas.

Sin embargo, al dejar el mando, Roca no contaba ya con su partido. Su influencia se había desgranado lentamente y el golpe final lo había dado la ruptura con Pellegrini. Se marchó a Europa y, al volver en 1907, tuvo la convicción plena de que su momento había pasado, y se refugió en el silencio de la vida privada hasta su repentina muerte, ocurrida el 19 de octubre de 1914 cuando el país había probado ya los beneficios de la ley del sufragio universal, secreto y obligatorio y se vislumbraba el advenimiento de una fuerza política innovadora: la Unión Cívica Radical.

Por cierto, como todo ser humano, Roca cometió errores, adoptó decisiones públicas y privadas de las que debió arrepentirse y dejó en el camino viejas y recientes amistades que lo tildaron de ser tan frío como sus ojos acerados, pero en el balance de cuanto vivió y realizó, su figura de constructor se perfila con plena nitidez al punto de que muchos lo señalen como el arquitecto de la Argentina moderna.

Cuando promediaba la escritura de este libro se produjo la decisión, firmemente resistida por la comunidad local, de retirar la bella estatua ecuestre de Roca, que había sido dañada por manos criminales, del Centro Cívico de Bariloche. Antes se había levantado de su emplazamiento en la intersección de dos grandes avenidas de Río Gallegos, el bronce que lo presentaba con ropas civiles, en su clásica actitud meditativa, para volver a ubicarlo, ante los reclamos de la población, en un lugar lejano.

Aunque las biografías del insigne tucumano son pocas, la bibliografía acerca de su actuación militar y su obra de gobierno es amplia. Por su parte, Félix Luna, en su difundido *Soy Roca*, hizo “una recreación libre dentro de un riguroso contexto histórico” de tan rica trayectoria vital.

Mi mayor deseo es que esta *Vida* contribuya a brindar una visión lo más ecuánime posible de lo que fue Roca para nuestra patria, últimamente tan proclive a desechar los ecos del ayer.

Mi agradecimiento a los colegas académicos Susana R. Frías y Guillermo Palombo, que leyeron totalmente este libro, y a Jorge C. Bohdziewicz, Hernán Cornut, Miguel Ángel De Marco (h), Enrique Dick, Ariel Eiris, Roberto L. Elissalde, Javier Roberto González y Maxine Hannon, quienes vieron parcialmente los originales o me proporcionaron útiles observaciones y referencias; y a los también colegas Juan Isidro Quesada, que tuvo la generosidad de poner en mis manos una recopilación inédita de la correspondencia del general José Miguel Arredondo con Domingo Faustino Sarmiento, en la que hay cartas de Roca, obra que lleva una erudita introducción suya; Jaime Correas, quien me acercó material digitalizado del diario *Los Andes*, de Mendoza y otras publicaciones, y Alberto del Pino Menk, que me proporcionó valiosos datos y material gráfico existente en la República Oriental del Uruguay. También me ofrecieron ayuda la doctora Silvana M. Cecarelli, el experto en telecomunicaciones Mario Tesler, la profesora Luciana Sabina, la directora del Archivo Histórico “Fray José Luis Padrós O.F.M”, de Río Cuarto, licenciada Inés Isabel Farías, la directora del Museo Sarmiento, licenciada Virginia González, la directora del Museo Mitre, licenciada Gabriela Mirande Lamónica y el encargado del archivo, Sebastián Raya.

Carlos G. Vertanessian no sólo me acompañó en el día a día de la escritura de *Roca*, sino que leyó originales y me ayudó de un modo muy especial en la búsqueda y selección de las imágenes que lo ilustran.

Gonzalo Roca, descendiente colateral del General, me formuló oportunas sugerencias y me alentó con generosidad a lo largo de la elaboración de la obra.

El Museo Roca, a través de su directora, licenciada Carolina Carman, de la licenciada Sofía Ehrenhaus, a cargo del Área de Investigación, y de la profesora Marcela Paula Vaca Narvaja, referente del Área

de Gestión de Colecciones, Archivo Documental y Bienes Culturales, me ha proporcionado la más completa colaboración, al igual que la directora de la Biblioteca Central de la Universidad Católica Argentina, licenciada María Soledad Lago y de la bibliotecaria Mariana Motyka. También ha sido valiosa la ayuda de la bibliotecaria de la Academia Nacional de la Historia, Mariana Lagar, y de Mauricio Genta, de la misma institución, como el auxilio de la bibliotecaria Patricia L. León, quien puso a mi disposición las colecciones de la Biblioteca Tornquist del Banco Central de la República Argentina; de la magíster Mabel M. Esteve, directora del Museo Histórico y Numismático “Héctor Carlos Janson”, también del Banco Central, que me permitió acceder a las valiosas colecciones que custodia, y al coronel Gastón Marmonti, director del Servicio Histórico del Ejército, permanentemente dispuesto a acceder a mis pedidos.

El editor de Planeta-Emecé, Rodolfo González Arzac, me brindó consejo y apoyo en esta labor, y la magíster Graciela Browarnik se ocupó de la cuidadosa revisión final de la obra.

Y María Fernanda Sinde, mi esposa, con su amor y cuidado, hizo más llevadera la navegación que felizmente llega, eso espero, a buen puerto hoy.

“La divisa de mi gobierno será: Paz y Administración”

Roca afianzaba cada día más su convicción de que sería el próximo presidente.

Incansable y metódico, ajustaba cuidadosamente los nudos de una red cada vez más extendida y compleja que abarcaba gobernadores y ministros, políticos más o menos importantes y caudillos de poca monta; periodistas convencidos y redactores a los que resultaba indispensable tirarles unos pesos para asegurarse la publicación de notas favorables y de brulotes terribles contra los adversarios; antiguos compañeros de estudios en las aulas del Colegio del Uruguay ubicados en los elencos administrativos de la Nación y de las provincias; hacendados deseosos de ampliar la producción agrícola como consecuencia de la paz en las fronteras, jueces de paz, comisarios de campaña e incluso simples ciudadanos que se animaban a expresarle su adhesión para una puja que presagiaba ser ardua.

Como el director de una gran orquesta que sabe armonizar cada instrumento, el general escribía largas cartas o billetes breves, convocaba a su casa de la calle Suipacha 272 donde su cuarto de trabajo estaba bien separado de las habitaciones de la familia, o enviaba a su fiel ayudante Gramajo con algún mensaje que no podía confiar al papel. Don Artemio era “un buzo” para encontrar lo que a Roca le interesaba, incluso “el *Argirópolis*, *Recuerdos de Provincia* y el folleto de Alberdi que no se encuentran en plaza”¹. El primero de los libros, publicado treinta años atrás por Sarmiento, proponía la isla Martín García como capital de los Estados Confederados del Plata para superar las luchas de los partidos en pugna, y a Roca le parecía necesario releerlo en días tan cruciales como los que vivía la República.

Incluso, había preparado para sus comunicaciones con los amigos políticos más íntimos, diversas planillas con nombres en clave que correspondían a personajes importantes a quienes no quería nombrar por sus apellidos, o situaciones en las que creía necesario generar con-

fusión entre los oponentes. En una de ellas, “Claudio”, era Sarmiento; “Nerón”, Avellaneda; “Tiberio”, Bernardo de Irigoyen; “Augusto”, Manuel Quintana; “Moltke”, Carlos Tejedor; “Fabre”, Dardo Rocha; “Panza”, Aristóbulo del Valle; “Avispa”, Vicente Fidel López; “Sable”, Pellegrini; “Chanfaina”, Candidatura, etcétera².

Más allá de la practicidad de los códigos secretos, se reflejaba en la zumbona precisión de ciertos apodos la vena humorística que, bajo un ceño a veces adusto, caracterizaba a Roca.

La atención del ministerio de Guerra y Marina le llevaba muchas horas. Debía ocuparse tanto de la supervisión administrativa como del paulatino mejoramiento de la maquinaria militar del Ejército y la Armada. Además, tenía que analizar cuidadosamente la redistribución territorial de las unidades de línea que ya no eran necesarias en vastos ámbitos ocupados hasta hacía poco por los aborígenes.

En este último aspecto había que dedicar atención a la frontera chaqueña y al avance sobre la Patagonia mientras Chile tuviera ocupadas sus fuerzas terrestres y navales en la guerra que sostenía contra Perú y Bolivia, paso que en el pensamiento estratégico de Roca debía darse una vez que se definiera la sucesión presidencial y cesara un eventual conflicto armado con el intransigente Tejedor.

El general y sus colaboradores inmediatos tenían por seguro que hasta entonces la mayor parte del ejército debía ser alojado en Buenos Aires o en puntos desde los cuales fuera posible trasladarse con rapidez hacia esa ciudad.

Una tarea no menor era mantener dentro de los cánones de la subordinación a los oficiales superiores y jefes que persistían en la costumbre de inmiscuirse directa o indirectamente en política hasta que pudiera cumplir con su idea de introducir profundos cambios en la regulación de la vida castrense. Emilio Mitre, Gelly y Obes, Arredondo, Rivas, Julio Campos y otros influyentes militares se movían entre bambalinas en favor de las aspiraciones presidenciales del gobernador Carlos Tejedor.

Buenos Aires, un polvorín

Éste había lanzado su candidatura y la del ministro del Interior Saturnino Laspiur como vicepresidente, el 1º de junio de 1879, mientras Roca se hallaba en plena campaña al *desierto*.

En los días sucesivos se fue tornando poco menos que imposible desarrollar pacíficamente las reuniones del gabinete nacional, y Avelleda había tenido que olvidar por completo los gratos momentos en que discutía con sus ministros sobre las recientes novedades literarias³, para dedicarse a calmar los enfrentamientos internos.

La prensa adicta a Tejedor denunció que habían salido del Parque de Artillería armas para apoyar las aspiraciones de Roca, y el ministro Laspiur ordenó a la policía que secuestrara unos carros con pertrechos destinados a Entre Ríos lo cual provocó la firme protesta del titular de Guerra y Marina. Tanto esa provincia como Corrientes y Santa Fe se hallaban en constante agitación, y en esta última se había descubierto un intento de asesinato del gobernador Simón de Iriondo, partidario de Roca.

No sólo se habían remitido armas y municiones a Entre Ríos, sino también a Córdoba, donde el ministro de Gobierno de Antonio del Viso, Miguel Juárez Celman, procuraba evitar un movimiento armado por parte de los escasos pero activos partidarios de Tejedor.

Roca, al enviar fusiles y abundante munición a su concuñado, le advirtió que debía reservar una parte por si se producía la temida revuelta, y enviar el resto a Catamarca y Tucumán por parecidas razones⁴.

Al general se le hacía cada vez más difícil conjugar su condición de ministro con la de candidato. Sus numerosos partidarios seguían dedicándole banquetes, como el realizado el 2 de agosto de 1879 en el Teatro Politeama, donde pronunció su discurso ante un público fervoroso que llenaba la sala y a la vez comprobó que los antiguos autonomistas de Alsina se abroquelaban en torno a su figura:

Las barbaridades de Tejedor, que ha empezado a destituir a todo el que sospecha simpatías por mí, aumenta el número de descontentos. Tenemos gente de pelea que me va reconociendo por jefe y ya veremos quién asusta a quien. Todos los tiros de los mitristas son a Córdoba. Es necesario estar alerta y no economizar medios [...] Por más bulla que metan ciertos diarios de ésta y hablen de guerras y peleas, derrocamientos y cataclismos, nada ha de suceder y la tormenta se disipará como nubes de verano. ¡Ahora falta “pueblo” para estas calaveradas! [...] Vamos perfectamente. Poco a poco se irán calmando las amenazas de los que querían asustarnos con el fantasma del Año XX y del Buenos Aires de Pavón⁵.

Sin embargo, cuatro días más tarde “la Mazorca” de Tejedor, como la definía el diario *El Porteño*, intentó atentar contra Roca, pero se confundió de carruaje y agredió sin consecuencias a otros miembros del Poder Ejecutivo. Los ministros de Guerra y de Justicia e Instrucción Pública debían concurrir al Congreso para informar acerca de la situación de La Rioja. El gobierno nacional había pedido el levantamiento de la intervención federal que pesaba sobre la provincia y la oposición deseaba que se mantuviera para evitar manejos electorales del oficialismo.

Los respectivos carruajes se acercaban al edificio del Parlamento cuando unos hombres armados se abalanzaron sobre el vehículo que trasladaba al doctor de la Plaza y a don Antonino Cambaceres, en la certeza de que en él iba Roca. “Cortaron las riendas, apuñalaron un caballo e hicieron fuego con trabucos sobre la volanta y el cochero”:

Mientras el ataque tenía lugar, una compañía de vigilantes armada con Remington guardaba la espalda de los asaltantes, pues nada hizo para impedir el asesinato, El ataque al carruaje y los tiros se hicieron a los gritos de ¡Viva Tejedor!, ¡Viva [el coronel José Ignacio] Garmendia!, ¡Muera Roca! ¡Abajo el ridículo presidente de la República! ¡Muera el ladrón del Ferrocarril de Tucumán! Todo esto a las puertas del Congreso.

Según el diario, Avellaneda estaba al tanto de que iba a producirse un atentado, pero no se lo había comunicado a sus ministros, afirmación que resulta poco verosímil:

El general Roca estuvo con el presidente Avellaneda después del bochinche. Admiran todos su serenidad y su sangre fría. Su casa estuvo llena de gente toda la noche.

Cuando ocurrió el asalto al coche donde viajaba el ministro de la Plaza, el general Roca cruzaba la Plaza de la Victoria en compañía del doctor Quintana y otros señores. Al oír los tiros y los gritos quiso volver sobre sus pasos, pero sus amigos se lo impidieron, haciéndolo subir a un carruaje que partió a escape. El grupo de asaltantes se parapetó en la estatua del general Belgrano y desde allí hizo fuego a los diputados que iban saliendo del Congreso. El coche del señor Cambaceres se dirigió al Club del Progreso, en

cuya puerta se hallaban parados los autonomistas señores Carlos Pellegrini, Eduardo Wilde, Gallo, Andrade y otros. De allí, Cambaceres fue a la Policía a dejar constancia oficial del atentado y el jefe de la repartición lo trató con toda malicia, como si se tratase de un incidente sin importancia. La conducta del señor Garmendia es significativa. Sabemos que a las 6.30 de la tarde se había dispuesto el acuartelamiento de los vigilantes.

Las gentes de Tejedor llenaban la barra del Congreso para imponerse con sus gritos, de manera que las exposiciones de los ministros Plaza y Roca quedasen oscurecidas por el griterío. De esta manera entienden el gobernador Tejedor y su cómplice el presidente Avellaneda la libertad democrática⁶.

El Congreso procedió al levantamiento de la intervención y la agitación se hizo más severa.

El primer mandatario, para capear el temporal que se avizoraba, le ofreció el Ministerio del Interior a Aristóbulo del Valle quien no lo aceptó. Entonces pensó en Sarmiento que no vaciló en asumir, decidido a promover desde esa cartera clave su propia candidatura presidencial. Juró el 1° de septiembre de 1879 y casi todo el periodismo aplaudió el nombramiento, aunque *La Nación* y otros órganos próximos al mitrismo lo atacaron duramente. Don Domingo buscó enseguida convertirse en árbitro de las decisiones del gabinete.

A los cinco días de incorporado tomó la palabra para leer una carta de un argentino residente en Montevideo en que se lo ponderaba y aprovechó para hablar largamente acerca de sus propios méritos.

El Presidente se impacientó y abandonó su asiento. Con total desparpajo Sarmiento dejó su sillón y se instaló en el de Avellaneda. Éste se acercó a Roca y le preguntó azorado: “-¿Qué me dice usted de este locaso?”. El general respondió: “-Que es imposible aguantarlo”.

Mientras Roca reía, Avellaneda “lanzaba un terno criollo, sin gracia en sus labios”, y se acercaba a Sarmiento. Interrumpió su perorata y le dijo: “-Señor don Domingo: esto no puede continuar o tendremos que resolver el caso a pistoletazos: usted con una pistola y yo con otra”. ¿Aludía al ofensivo discurso del sanjuanino el día en que le entregó los atributos del mando, cuando le objetó como una gran falta no haber disparado nunca un arma?

Muchos años después, Roca recordó el episodio en un encuentro con Manuel Florencio Mantilla, y acotó: “La espiritualidad presidencial fue celebrada con gesto de buen humor por el mismo Sarmiento, pero puso al frente de ella este remate de su discurso: ‘Así somos los grandes hombres’”⁷.

A los pocos días de asumir, el ministro del Interior recibió a su antiguo y constante enemigo Juan Bautista Alberdi, que regresaba después de largos años de voluntario ostracismo. El tucumano entró caviloso al despacho de Sarmiento quien, con su habitual espontaneidad exclamó: “En mis brazos, doctor Alberdi”. Y los dos próceres se estrecharon en un gesto que pareció borrar todo antiguo resquemor⁸.

Roca también saludó a su ilustre comprovinciano y le reiteró sus sentimientos de amistad y admiración. Además, lo visitó en la casa de José Borbón, el íntimo amigo del autor de las *Bases*, para imponerlo de las cuestiones de actualidad, pues éste se aprestaba a ocupar una banca de diputado nacional.

Entre las muchas cartas que se apilaban en el escritorio de Roca en los primeros días de aquel ardiente septiembre, halló una que tal vez le produjo disgusto y tristeza. Su antiguo condiscípulo del Colegio del Uruguay doctor Rafael Ruiz de los Llanos, tras invocar la amistad de sus padres guerreros de la Independencia, recordar su paso por el instituto entrerriano y el hecho de haberse abrazado ambos en el fragor de la batalla al pie de las trincheras de Curupaytí, le pedía que renunciase a su candidatura presidencial. Debía esperar, le decía, que pasara un poco más de tiempo y adquiriera mayor experiencia⁹.

Esta carta era real, pero unos meses más tarde Roca recibiría gran cantidad de telegramas falsos, supuestamente firmados por amigos políticos que le pedían lo mismo¹⁰.

Buenos Aires vivía una constante zozobra precursora de graves sucesos. Los principales dirigentes, impulsados por el fatal curso de los acontecimientos, lejos de actuar con calma, atizaban el fuego. Mientras Tejedor impulsaba los “ejercicios doctrinales” de la Guardia Nacional y creaba nuevos batallones, Sarmiento le negaba atribuciones para armar unidades de milicias.

Poco después *Don Domingo* propuso presentar al Congreso un proyecto de ley por el cual se retiraba a las provincias la facultad de convocarlas. Los ministros Lastra y Montes de Oca aceptaron firmarlo en acuerdo de gabinete siempre que renunciara Roca, encargado de

su ejecución. Éste no era hombre de aceptar presiones antojadizas y tan necesaria medida quedó postergada.

Roca le escribió a Juárez Celman: “Sarmiento espera que yo le ceda mi lugar y me coloca en una situación difícilísima. Si le cedo, malo; si no le cedo, peor. De todos modos, vendrá una gran división o una gran perturbación, ‘que no es bueno cambiar de caballo pasando el río’ y será la ruina de ambos”.

Pensaba que el Presidente “para salvarse del peligro en que vive, se acarrea mayores para los siguientes y sabe Dios en qué laberintos nos va a meter con este elefante que lanza en el campo amigo”. Y agregó que resultaba tan cambiante la situación que era “posible que yo mismo piense mañana diferente de lo de hoy”¹¹.

La imagen del paquidermo pulverizando un bazar le resultaba tan apropiada que también la utilizó en carta a Rocha, con cierto desánimo, al tocar la posibilidad de allanarle a Sarmiento el camino a la Presidencia: “acaso llegue la hora de largar al elefante”¹².

Roca estaba profundamente enfadado con *Don Domingo*, que de pronto lo agredía en el seno del gabinete y desde las columnas de *El Nacional*. Siempre le había manifestado respeto y apoyo y hasta hacía poco contaba con él por las manifestaciones explícitas que había tenido en favor suyo.

Renuncia

Roca presentó su renuncia el 8 de octubre de 1879, y con ella arrastró la de su inesperado oponente:

Rodó el coloso Sarmiento como un muñeco. Creyó que todo el mundo se le iba a inclinar ante su soberbia, sin consultar otra cosa que su propio interés. Lo que se ha visto burlado por su inmensa vanidad, su rabia y su despecho no tiene límite y está vomitando sapos y culebras contra la Liga de Gobernadores, contra mí, contra el diablo¹³.

Antes de abandonar definitivamente su despacho, Sarmiento concurrió al Senado y dijo que aprovecharía los últimos sesenta minutos que le quedaban como ministro para referirse a la situación:

Creo que esta será la última vez que hablo delante de una asamblea; puede decirse que es de ultratumba que lanzo la palabra [...] Se acabaron las contemplaciones; tengo las manos llenas de verdades, que voy a desparramar a todos los vientos para disipar los fantasmas y neblinas que asustan o enceguecen a la opinión pública¹⁴.

Y se dirigió presuroso a *El Nacional* para seguir abogando por su candidatura presidencial y atacando la de Roca.

El 9 de octubre Avellaneda formó un nuevo gabinete integrado por ciudadanos notables, aunque próximos al vencedor de Santa Rosa. Los nacionalistas y tejedoristas vieron en ello una nueva provocación. Pellegrini, a punto de cumplir 33 años de edad, pasó a ocupar la cartera de Guerra y Marina¹⁵. Junto al doctor Lucas González, que pertenecía a la generación de Mitre y había sido su ministro en 1862, quien asumió en Relaciones Exteriores, actuaban hombres jóvenes pero fogueados en la función pública como los doctores Benjamín Zorrilla en Interior, Victorino de la Plaza en Hacienda y Miguel Goyena en Justicia e Instrucción Pública.

Para acentuar aún más las prevenciones que esas designaciones provocaron, el Presidente –quien en su mensaje al Congreso ante la cercana clausura del período había señalado que sostendría con todo vigor al ciudadano que resultara elegido en su reemplazo– afirmó: “la ciudad de Buenos Aires debe ser declarada capital de la República”.

Pellegrini mantenía fluidas relaciones con la mayoría de los jefes del Ejército y la Marina de Guerra, que valoraban su juventud, energía y coraje, demostrado en los esteros del Paraguay y en las ardorosas lides electorales de su tiempo. Roca lo apreciaba y respetaba, pero le hubiese gustado que el nombramiento recayera en su antiguo jefe y camarada Luis María Campos. “Sin embargo [le comunicaba a Juárez Celman], no podemos decir que perdamos con él. Es bueno que usted y Viso le escriban”¹⁶.

Juárez Celman aspiraba a la gobernación de Córdoba y estaba a punto de alcanzarla, lo cual favorecería los anhelos de Roca. En una de sus cartas a aquel constante corresponsal, el general escribía estas palabras que muestran el temple que lo animaba:

La fuerza del político está en saber ser león y zorro al mismo tiempo. Casi podría asegurarle que, debido a esta actitud, tendremos

de nuestra parte al doctor Quintana, que tiene gran importancia, no sólo por la suya propia, sino por ser presidente de la Cámara de Diputados.

Los mismos mitristas no me miran mal en el fondo de su alma [se ilusionaba], y habremos conseguido, por lo menos, que no apelen a las armas, como amenazan, no viendo, con mi triunfo, cerradas todas las puertas a sus aspiraciones.

Tejedor, sin ellos, no intentará nada. ¿Y quién le dice a usted que al final no esté con nosotros?¹⁷

Nada de eso ocurrió. A medida que avanzaban los días, la prensa opositora al gobierno se tornaba más bravía, y Sarmiento, que ya se hallaba plenamente enfrentado con Avellaneda y con Roca, buscaba adhesiones entre sus antiguos amigos. Incluso intentó que Don Pepe Posse cortara los lazos que lo unían con su comprovinciano y sostuviera su candidatura. Éste le respondió: “Los compromisos contraídos y la palabra de honor empeñada son vínculos que no se desatan fácilmente”¹⁸.

En tanto, el general, ahora en Córdoba, seguía los acontecimientos porteños y consolidaba la eficacia de la *Liga de Gobernadores*.

Hacia un enfrentamiento inevitable

En febrero de 1880 los cuerpos de Rifleros de la provincia maniobraban por las calles mientras Tejedor los arengaba en términos hostiles a las autoridades nacionales. El gobernador anunció para el 15 de ese mes una concentración de todas las unidades provinciales en el local del Tiro Federal. Al enterarse, Pellegrini decidió actuar con rapidez y energía. Convocó a su despacho al presidente de la entidad, coronel Julio Campos, y le prohibió que facilitara la sede, pero este respondió cortante que sólo recibía órdenes del gobernador. Era una grave falta de disciplina que el ministro se dispuso a castigar.

Ante la gravedad del momento, se encontraron Avellaneda y Tejedor pero no llegaron a un acuerdo. El Presidente dijo que se violaba la ley de milicias y el mandatario provincial le contestó altanero que nadie jamás había autorizado “una jurisdicción militar de la Nación” en la ciudad de Buenos Aires.

Pellegrini concurrió al despacho del primer mandatario y aunque éste en un principio procuró serenarlo en aras de una paz que el gobernador no quería, aceptó finalmente firmar un decreto que prohibía la reunión de hombres armados en todo el territorio nacional y encargaba a los gobernadores, como agentes del Poder Ejecutivo, el cumplimiento de dicha disposición. Además, ordenaba a los jefes militares en actividad que no formaran parte de cuerpos armados locales.

Tejedor respondió que la ciudad se aprestaba a defenderse porque contemplaba un ejército acampado en sus alrededores. Pero ante la inminencia de un choque presentó una vez más la renuncia a su candidatura presidencial a condición de que Roca hiciera otro tanto. Paralelamente, el 13 de febrero varios coroneles y tenientes coroneles pidieron el retiro del Ejército Nacional con el fin de seguir al frente de las fuerzas de Buenos Aires: para quienes lo hicieron prevaleció la condición de porteños por sobre la lealtad al comandante en jefe de las fuerzas armadas.

El 14, la ciudad apareció cubierta de volantes y Tejedor ordenó cavar trincheras y levantar cantones, uno de ellos frente a la casa de Avellaneda, provocación inadmisible para cuantos no pertenecían a la rebelión en marcha.

Las patrullas de rifleros recorrían desafiantes las calles desiertas al grito de “¡Viva Buenos Aires!”. Por su parte, el gobierno nacional ordenó que un cuerpo de infantería de línea se aprestara a custodiar al Presidente y al ministro de Guerra.

No hubo sangre porque frente a la inminencia del choque tanto Avellaneda como Tejedor aceptaron el armisticio propuesto por el Club de la Paz, presidido por Félix Frías y compuesto por ciudadanos notables. La nueva entidad pidió a Roca, a través de Luis María Campos quien viajó a Córdoba para convencerlo, que tuviera el patriótico gesto de renunciar, pero no tuvo eco. Respondió que no podía hacerlo pues su candidatura no era cosa propia “porque pertenece a los pueblos de la República”. A lo que agregaría el 24 de febrero de 1880, al contestar a los ataques de la prensa opositora de Buenos Aires, que salvo esa provincia su postulación encarnaba a toda la República: “No se trata de una pendencia electoral, sino de saber si somos o no una nación organizada, unida; no una de las tantas secciones sudamericanas que desprecia el mundo”¹⁹.

Roca aprovechó la regularidad y puntualidad del Ferrocarril Central Argentino para moverse con frecuencia entre Rosario y Córdoba, gracias a lo cual logró mantener un fluido contacto personal con sus partidarios porteños que viajaban a la ciudad santafesina, con sus amigos del Litoral y con sus adictos del Interior. En todos los casos secundado por el fiel Artemio Gramajo, incansable y rápido a pesar de su cada vez más espectacular obesidad, mantenía desde ambas ciudades su correspondencia epistolar y enviaba telegramas, muchos de ellos cifrados, para engañar a los encargados de las oficinas postales que pasaban información a sus adversarios.

El general estaba acompañado por su esposa, quien le brindaba el calor del afecto y servía de nexo con miembros de la incipiente y democrática sociedad rosarina. Doña Clara se ocupaba también de mantener el aliño del candidato y de pedir a su cuñado Ataliva que hiciese buscar en la casa porteña la ropa necesaria²⁰.

Cuando Avellaneda ofreció su renuncia para evitar el conflicto armado, Roca remitió a sus amigos este enérgico despacho:

Apoyen y fortifiquen al gobierno nacional. Les aseguro que no habrá poder alguno que me arranque una renuncia cobarde, tonta e impolítica. Mi candidatura nada tiene que ver con el principio de autoridad que el Presidente considera comprometido a su respecto. Díganle que el rigor es la única solución; que sólo la fuerza conserva el derecho²¹.

El 17 de febrero volvieron a reunirse Avellaneda y Tejedor para adoptar medidas que calmaran los ánimos. Pero si los cuerpos nacionales recién llegados del interior salieron de la ciudad y se instalaron en la Chacarita, quedaron los de guarnición; y si los batallones porteños dejaron sus armas en el local del Tiro, los bomberos y guardiacárceles mantuvieron sus modernos fusiles y sus cañones Krupp.

Mientras tanto, grupos belicosos que respondían a Tejedor se presentaban en las redacciones y talleres de los diarios roquistas y los “empastelaban” arrojando al piso las cajas de tipos de plomo, volcando los frascos de tinta y trabando las prensas.

Por su lado, los partidarios del doctor Bernardo de Irigoyen decidieron convocar a un gran acto público para proclamar en su persona “la candidatura de la paz”. Tuvo lugar el 7 de marzo en el Teatro Varie-

dades con la presencia de dos mil personas. Luego de diferentes discursos los concurrentes marcharon hasta la casa del postulado quien de pie sobre una silla en la puerta de su hogar, aceptó formalmente la petición y exclamó contemporizador: “¡Amo las catorce provincias; amo la influencia legítima de Buenos Aires”.

Con el proclamado objeto de calmar las pasiones comenzaron a circular nuevas combinaciones electorales durante el resto de febrero y a través de todo marzo. Pero en lugar de moderar el encono, lo agitaron aún más.

La Nación aseguró que con Roca volvería el cintillo punzó a Buenos Aires, como había ocurrido con Urquiza después de Caseros. El tucumano, afirmaba el diario, era “una amenaza de muerte para el pueblo porteño”, un Rosas redivivo que lo esclavizaría, un “raquítico enano” de paso bamboleante, “un guaso joven que mira de soslayo, anda en los ranchos de Córdoba en mangas de camisa vareando caballos y sacando para comer el cuchillo de la cintura”.

Más aún, para el diario de Mitre era “un mazorquero, el símbolo de la barbarie, rodeado por caudillos de chiripá y con aro en la oreja y chupa de tabaco negro”. Si triunfaba, los indios abrirían con sus chuzas las cajas de los bancos y él se apoderaría de la aduana de Buenos Aires²².

Sarmiento insistió en ser presidente y halló incluso la aceptación de Roca, quien puso como condición algo imposible: que contara con los votos de Buenos Aires. *Don Domingo* se los pidió a Tejedor, quien difirió la respuesta hasta escuchar a *Don Bartolo* que no estuvo de acuerdo. Tampoco aceptó el nombre de Bernardo de Irigoyen y se inclinó por el del presidente de la Corte Suprema, doctor José Benjamín Gorostiaga.

El periodismo registró las palabras dirigidas por Tejedor a sus adictos: “La legislatura, el pueblo y el gobierno no serán en adelante sino un solo hombre. La provincia de Buenos Aires tiene 800.000 habitantes en una república de 2.000.000 de hombres. Ciegos serán los que no sientan la necesidad de respetarnos”²³.

El 11 de abril se realizaron los comicios para designar electores de presidente. En Buenos Aires, Tejedor le ganó por gran cantidad de votos a Bernardo de Irigoyen. Pero los 71 electores de esta provincia, unidos a los 16 que suministró Corrientes y uno más de Jujuy, nada podrían contra los 155 que Roca había logrado en el resto del país. Su compañero de fórmula, el doctor Francisco B. Madero, obtuvo 151.

Desde la serenidad de la estancia La Paz, donde Roca se había refugiado para hallar un ámbito de sosiego que le permitiera actuar sin las presiones directas de amigos y adversarios, le escribió el 18 de abril a Dardo Rocha con el objeto de hacerle llegar sus impresiones acerca de la cada vez más grave situación del país como consecuencia de la negativa de Tejedor y sus amigos de transitar la senda del diálogo y la paz:

Esos hombres van a la rebelión y a la guerra. Las debilidades de nuestro amigo Avellaneda, les ha allanado el camino desde hace mucho tiempo. Se creen fuertes y no hay duda de que se han robustecido con la disciplina y organización dada por Tejedor, y cada día han de ser más insolentes. Pero nosotros no tenemos por qué desesperanzar. Si ellos se han entronizado y avasallado completamente a Buenos Aires, nuestro poder e influencia ha crecido y aumentado en las demás provincias, animadas, en estos momentos, por un solo espíritu y un solo pensamiento. Estamos nosotros también fuertes y bien fuertes. ¿Cuál será el desenlace de este drama? Creo firmemente que la guerra. ¡Caiga la responsabilidad y la condenación de la historia sobre quienes la tengan, sobre los que pretenden arrebatar, por la fuerza, los derechos políticos de sus hermanos! Los contemporáneos aplaudirán a los que venzan en los campos de batalla. Lo único de desear sería que el Presidente, que se encuentra con fuerzas para contener a los rebeldes y detener la anarquía, pusiese todos los elementos nacionales (la Escuadra, el Ejército y el armamento) a salvo de un golpe de mano. Que se haga esto, y yo le garantizo la victoria con mi cabeza.

Ya que lo quieren así, sellaremos con sangre y fundiremos con el sable, de una vez para siempre, esta nacionalidad argentina, que tiene que formarse, como las pirámides de Egipto y el poder de los imperios, a costa de la sangre y sudor de muchas generaciones. Es posible que esté reservado a la nuestra el último esfuerzo y la coronación del edificio. ¡Que no nos falte el coraje, la energía y la resolución en el momento de la prueba! Si sucumbimos, habremos retrocedido veinte años con el triunfo de la injusticia, pero esto mismo no es gran cosa, al fin de cuentas, en la vida de las naciones. No extrañe que no le escriba con más frecuencia; cuando hablan los acontecimientos, es mejor dejarles a ellos la palabra²⁴.

Rocha leyó la carta a todos sus amigos. Uno de los primeros en conocerla fue Pellegrini, quien afirmó: “Roca puede estar tranquilo. Mientras yo sea ministro de Guerra, el Ejército no hará otra cosa que hacer respetar la Constitución”²⁵.

Roca quiso estar en el teatro de los acontecimientos y regresó a Buenos Aires, pero luego se trasladó a Rosario donde esperó el resultado de las presurosas gestiones que tenían lugar.

El 7 de mayo presidió un acto proselitista y participó en un banquete que le ofreció en su casa el rector del Colegio Nacional, Enrique Corona Martínez, con la presencia del gobernador Simón de Iriondo y otras personalidades, y se dirigió a los alumnos del establecimiento, “saludando en la juventud de Rosario a toda la juventud argentina”²⁶.

El Congreso amenazado por los rifleros

El Congreso debía hacer el escrutinio y proclamar al elegido. En sesiones preparatorias quedó designado presidente del cuerpo el doctor Manuel Quintana, con el apoyo de todos los sectores. Sin embargo, nadie pensaba seriamente que el difícil problema quedaría resuelto con la decisión que adoptara el Parlamento.

El 1º de mayo se abrieron simultáneamente, y a pocas cuerdas de distancia entre los dos edificios, las sesiones del Congreso y de la Legislatura de Buenos Aires. Tejedor pronunció un discurso sin concesiones, prelude del pedido que haría a las Cámaras provinciales de la extraordinaria suma de 50 millones de pesos, sobre un presupuesto total de 80 millones, para comprar armas.

El 7 de aquel mes, la Cámara de Diputados de la Nación se reunió con el fin de tratar los diplomas de los electores.

Se produjo entonces un episodio muy grave, que puso una vez más en evidencia la imposibilidad de superar enconos: el coronel Joaquín Montaña, al frente de sus rifleros, ocupó las galerías del Congreso sin que la policía de guardia intentase nada para impedirlo. Advertidos de la maniobra, los legisladores “roquistas” entraron mezclados con los tejedoristas para evitar convertirse en blancos de los disparos. La Comisión de Poderes presentó dos despachos: la mayoría propuso aplazar para las sesiones ordinarias el tratamiento de los diplomas

de los diputados de Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe, donde se habían producido disturbios revolucionarios, de forma tal que los miembros de la Unión Liberal tuviesen mayoría en el cuerpo cuando se escutaran las elecciones presidenciales.

La minoría autonomista aconsejaba la aprobación de todos los diplomas menos el de La Rioja. Se votó y triunfó el segundo temperamento. Cuando el tumulto alcanzó características graves, con riesgo de vida para los legisladores, y el diputado Rivera que había discutido duramente con el hasta hacia poco diputado Pellegrini, alentó a los rifleros gritando: “¡Ya es tiempo!”, Mitre, que ocupaba una banca en la primera fila, saltó ágilmente sobre ella, abrió los brazos y gritó “¡Aún no es tiempo!”. El presidente del cuerpo, Quintana, aprovechó para levantar la sesión²⁷.

Los “autonomistas puros” que no se habían unido meses atrás a Tejedor pudieron abandonar el recinto a duras penas. Avellaneda no aceptó la idea de Pellegrini de que un batallón de línea entrase a Buenos Aires para defender a las autoridades ni tampoco la de llevar la sede del gobierno fuera de la ciudad. Creía que sólo la renuncia de Roca a sus aspiraciones traería la calma. Mientras unos pensaban en Gorostiaga, el vencedor de Santa Rosa volvía a poner sus ojos en Sarmiento con el fin de hostigar a Tejedor y a Mitre.

Hubo una serie de conciliábulos y un gran mitin en la Plaza de Mayo, el 10 de ese mes. El mismo día se realizó una reunión entre Tejedor y Roca, organizada por Pellegrini a pedido del primero, a bordo de la cañonera Pilcomayo para designar un candidato de transición. El encuentro de aquellos dos hombres de ojos acerados y penetrantes, que contaban, respectivamente, 62 y 36 años de edad, tuvo lugar frente a San Fernando, en el río Luján. La calma de Roca y el vigor de sus razonamientos, basados en la Constitución, exasperaron a Tejedor, que no quiso responder cuando aquel le preguntó si Sarmiento era su candidato. Se hizo un silencio mortificante que el gobernador de Buenos Aires rompió con estas palabras: “-Pienso que nada útil tenemos que decirnos. ¡Ya no nos veremos más!”. Roca respondió socarronamente: “¿-Por qué doctor? Es usted demasiado cortés para no desear yo encontrarme otra vez con usted”²⁸.

A continuación, conferenciaron el general y Pellegrini en el mismo buque y este último fue portador de una carta que publicó *El Nacio-*

nal en la cual Roca manifestaba las razones por la que no se había entendido con su contrincante.

Enseguida, el general desembarcó en Campana donde sus amigos políticos esperaban ansiosos el relato de lo acontecido. Se dijo por entonces que Artemio Gramajo había tomado la versión taquigráfica de la conversación oculto en un enorme mueble de la cámara del comandante.

Una catarata de telegramas de partidarios de Roca, provenientes de todo el país, le hacían saber que todos aguardaban detalles de la reunión. Éste se mantenía en Campana donde esperaba encontrarse con legisladores y políticos en cuyo tino confiaba, para oír su opinión sobre los pasos a seguir.

Por su parte, Avellaneda convocó a su despacho el 11 de mayo a jefes de partido y otras figuras notables con el fin de preguntarles si podía, dentro de sus facultades y deberes constitucionales, dirigirse a uno de los candidatos para insinuarle la conveniencia de llegar a un arreglo pacífico. Mitre y su ex ministro Guillermo Rawson atacaron con todas sus fuerzas a Roca, tildando su candidatura artificial, pero Sarmiento y otros consideraron que había sido apoyada por trece provincias y “tenía la mayoría legal”.

Según el gran amigo de Roca Olegario Ojeda, ahora secretario de Marina, Sarmiento había rebatido los argumentos en contra de aquel en forma “enérgica, leal y calmosa”. Dijo que “se había llegado a la formación de una candidatura en medio de una paz y orden perfecto” y que “se habían llenado todas las condiciones de la ley”:

Yo no sé qué motivos se aducen para rechazarla. ¿Quién es el general Roca? ¿Es acaso algún individuo desconocido y sin méritos que le impidan aspirar a esa posición? ¡No! El general Roca es uno de los generales de la Nación, con tantos o más servicios que algunos de los que aquí nos hallamos. ¿Entonces, por qué rechazarlo?

Agrega Ojeda que Avellaneda terció con calor en defensa de Roca, declarando que era su amigo y que, en ningún caso, tentaría medida alguna que pudiera perjudicarlo .

Por más que continuaran las gestiones durante las que cada uno procuraba sacar partido, el desenlace se aproximaba. Tejedor aún dudaba en desencadenar la lucha a pesar de que no cesaban los des-

embarcos de armas. Pero Pellegrini, influido por Roca, ordenó a la Escuadra Nacional que los impidiera. La solución se había demorado mucho y ya era imposible detener el derramamiento de sangre.

El 12 de mayo Roca lanzó una *Carta-manifiesto* al pueblo de la República en la que expresaba que no era partidario de la guerra civil, pero que estaba dispuesto a todos los sacrificios en defensa de las instituciones republicanas.

En medio de tanto encono se produjo el 28 de mayo la llegada del transporte *Villarino* que trasladaba los restos del Libertador San Martín, y los recibió Sarmiento en nombre del Ejército, vestido con su uniforme de general.

El 2 de junio, Avellaneda escuchó por fin a Pellegrini y abandonó la ciudad para trasladarse con sus ministros, legisladores y empleados del gobierno rumbo a la Chacarita de los Colegiales, desde donde se dirigiría al pueblo de Belgrano luego de pernoctar con el ministro de Guerra en el cuartel del 1° de Caballería. En una proclama declaró que Tejedor se había pronunciado contra los poderes públicos y que se aprestaba a someterlo por la fuerza de las armas. El 4 de ese mes, dispuso que este último pueblo fuera la residencia provisional de las autoridades nacionales.

Mitre no sólo permaneció en Buenos Aires con Alberdi y Félix Frías cuando el resto del Congreso se disponía a seguir al Presidente, sino que aceptó convertirse en representante del gobierno de Corrientes para suscribir una alianza ofensiva-defensiva con las autoridades de Buenos Aires. Incluso le encomendó a un partidario que reuniera fondos para armar las fuerzas de la provincia primeramente mencionada. El 9 de junio, otra vez fue dado de baja del Ejército.

Ese mismo día, el cuerpo diplomático decidió permanecer en la ciudad, pero en señal de reconocimiento al gobierno nacional se entrevistó con Avellaneda en Belgrano.

Nuevas gestiones de paz fracasaron y el 13 de ese mes los colegios electorales otorgaron el triunfo a la fórmula Julio Argentino Roca-Francisco B. Madero, con lo cual quedaron cerradas las puertas para un arreglo pacífico.

Unos treinta diputados se habían trasladado a Belgrano y daban quórum al Parlamento. La Corte, en cambio, permaneció en Buenos Aires, pues sus ministros se manifestaron convencidos de que como guardianes de la Constitución no debían tomar otro partido que el de la paz y que

les competía hacer todos los esfuerzos posibles para que la Carta Magna y las leyes de la República no fueran vulneradas³⁰.

Sangrientos combates

El 17 de junio el general José María Bustillo fue designado “comisionado nacional encargado de la administración de la campaña de la provincia de Buenos Aires mientras dure la insurrección del gobernador”.

En la misma jornada, las tropas de línea del coronel Eduardo Racedo, que marchaban desde Rosario para sumarse al ejército, llegaron a Campana y recibieron orden de detener a los 12.000 hombres de la campaña bonaerense que comandaba José Inocencio Arias. Éste había pedido en vano que se le enviaran armas para atacar, pues Tejedor no quería disparar el primer tiro y había dispuesto que el coronel se dirigiese a Buenos Aires. En Olivera, a una legua de Luján, Arias destacó a la policía para enfrentar a las tropas de Racedo y logró escapar con el resto de sus hombres a fin de cumplir lo decidido por el gobierno provincial.

Pellegrini se puso al frente de las tropas ataviado con un saco azul de botonadura plateada, sin distintivo alguno, y un cubrecabeza mezcla de quepis y gorra marinera con visera. Llevaba tiros de cuero donde colgaba una filosa espada, quizá la misma que usara en el Paraguay, y un revólver al cinto. Así se trasladaba cada vez que cubría el camino desde el frente hasta Belgrano donde Avellaneda usaba similar vestimenta lo que acentuaba aún más el contraste físico entre ambos personajes: el Presidente, de corta estatura, cuerpo menguado, rostro pálido y negra melena, y su ministro alto, robusto, de cabellos entre castaños y rubios y barba entera.

Dos días más tarde, los batallones de línea del bravo coronel Nicolás Levalle, signado por el prestigio que obtuviera en las selvas y esteros paraguayos, en las luchas contra López Jordán y en la campaña al *desierto*, intentaron cruzar los puentes del Ferrocarril Sur, ubicados en Barracas, sin esperar que se les incorporasen otros efectivos. Levalle fue vencido por los rifleros que utilizaban sus modernos fusiles Schneider, Máuser y Gras, apoyados por cañones Krupp de 75 milímetros.

Pero en esa jornada las fuerzas nacionales tomaron un tren de 80 vagones con todo el equipo y armamento que portaba. Pellegrini, al

informar sobre ese hecho, agregó que toda la campaña bonaerense se hallaba ya pacificada.

El 21 se generalizó la pelea en todos los frentes. Racedo derrotó a Arias en Puente Alsina, pero Pellegrini que dirigía personalmente, derrochando valor, la lucha en los Corrales Viejos, fue superado por el coronel Hilario Lagos. Levalle y Francisco B. Bosch, que habían llegado a Constitución, fueron repelidos y debieron refugiarse en los mataderos de la Convalecencia.

Roca, que se hallaba en Rosario y desde allí dirigía parte de las operaciones de las fuerzas nacionales con el apoyo del ministro de Justicia Goyena, comisionado de guerra en el interior, se quejaba de que Pellegrini no aceptaba sus indicaciones sobre el modo de evitar imprevistos como la entrada de Arias a Buenos Aires. También indicaba a los gobernadores, en especial a Juárez, el número que debían alcanzar los batallones de guardias nacionales antes de ser enviados para incorporarse al Ejército Nacional. Le preocupaba la suerte de sus hermanos y le telegrafió a Juárez: “¿Dónde está Rudecindo? Marcos, su hermano, siguió hoy para Belgrano al frente de sus hombres. Ataliva tomó en Lincoln 40 prisioneros, 84 lanzas y 34 carabinas”³³.

Los muertos pasaban de 3.000 en ambos bandos, y era enorme la cantidad de heridos. Por otra parte, el Ejército carecía de pólvora en la noche del 21, pues esta se había humedecido, lo que lo hubiese obligado, frente a un ataque de las tropas provinciales, a defenderse a sable y bayoneta³⁴.

En los sitios de los combates yacían viejos camaradas de largos años de servicios compartidos, mezclada su sangre en guerra fratricida.

El 22, el delegado apostólico, monseñor Luis Matera, pidió y obtuvo una tregua para enterrar a los muertos. Avellaneda aceptó con el objeto de dar tiempo a que llegase la pólvora de Montevideo y Tejedor hizo otro tanto a pesar de los insistentes pedidos de sus jefes de que les permitiera atacar a las fuerzas nacionales y tomar prisioneros al Presidente y a los congresales en Belgrano.

Aquel día, Félix Frías se trasladó a la sede del gobierno para conocer las condiciones que permitieran una paz definitiva. Avellaneda, que en la jornada anterior había logrado la declaración del estado de sitio en Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, contestó: “la rendición incondicional”.

El mismo 22, Tejedor le pidió a Mitre que asumiese el comando en jefe de la defensa para concertar los esfuerzos de jefes imprevisibles como Arredondo, Julio Campos, Arias y Lagos. Una inspección que hizo a las trincheras le demostró que había pocos cañones y escasos soldados veteranos, quienes en lucha cuerpo a cuerpo jamás podrían vencer a los *chinos* de los cuerpos de línea. Si bien existía paridad de efectivos y la ciudad –que se había visto estremecida por un ineffectivo cañoneo del *Villarino*– contaba con un buen sistema defensivo, era dudoso que pudiera soportar las consecuencias de un ataque fulminante o de un largo y estéril sitio.

Mitre comunicó sus apreciaciones al gobernador y a sus ministros y solicitó venia para trasladarse a Belgrano con el fin de conversar con Avellaneda. El Presidente le envió el correspondiente salvoconducto pero no quiso recibirlo personalmente pues le parecía impropio de su investidura tratar con un jefe rebelde. El general llevaba una carta de Tejedor en la que expresaba que a pesar del ardor de los porteños quería ahorrar más escenas de sangre: “Prefiero las bendiciones de las madres a la vanagloria del triunfo”.

Mitre fue recibido en la mañana del 25 por los ministros Pellegrini, Zorrilla y Cortínez, en la antesala del despacho del edificio de la Municipalidad, mientras en el cuarto contiguo aguardaba Avellaneda. Las reuniones se prolongaron por diez horas con las pausas que imponían las consultas al Presidente. Este puso como condición la renuncia de Tejedor, la asunción del vicegobernador José María Moreno, quien debía prestar pleno acatamiento a los poderes públicos de la Nación y subordinarse a la autoridad del jefe del Poder Ejecutivo, el desarme de las fuerzas provinciales y la entrega de sus elementos de guerra en el Parque Nacional. No habría procesos militares ni políticos. Las bases debían ser firmadas a las 8 de la mañana siguiente.

Mitre había sufrido una larga espera hasta que a las diez de la noche aparecieron los ministros con un texto de puño y letra de Avellaneda que encerraba los puntos referidos. Concluido el encuentro, se apresuró a volver a Buenos Aires, donde la mayoría de los jefes militares querían seguir la pelea. Tejedor vacilaba entre las presiones de estos y los consejos de Mitre, del vicegobernador, del Comité de la Paz, de los comerciantes y de parte del periodismo encabezado por *La Nación*.

Moreno mantuvo entre el 26 y el 29 diversas conferencias con el Presidente para llegar a una solución que no hiriese aún más el orgullo

porteño. Finalmente se acordó que Tejedor renunciara “no como una condición sino como un hecho espontáneo” y que Mitre en persona asumiera el control del desarme. Las fuerzas nacionales volverían en silencio a sus cuarteles de Buenos Aires, y no se sustanciaría proceso alguno. Se omitió toda mención a la “aliada” Corrientes.

El 30, Mitre renunció al comando de las fuerzas de Buenos Aires y al día siguiente se produjo la dimisión de Tejedor. Mientras el vicegobernador ejercía sus funciones en el ámbito de la ciudad, se mantenía la intervención de la campaña, por lo que de hecho la provincia tenía dos autoridades.